

Ayudar a pensar y a convivir. Comentarios a la reseña de Eduardo S. Vila Merino sobre *¿Para qué servimos los pedagogos? El valor de la educación*

En una etapa en la que los críticos literarios hacían alarde de independencia de criterio, un prolífico autor leyó la reseña de su último libro firmada por un conocido plumilla. Con estupor comprobó que el autor de la crítica no había leído ni una página de su libro. Ni corto ni perezoso le llamó por teléfono y, después de presentarse, le recriminó su descuidada actitud.

- *¿Cómo es posible que haya tenido el descaro de escribir una reseña tan larga sin haberse leído ni una línea de mi libro?*
- *Por supuesto que no lo he leído porque, de haberlo hecho, ya me habría dejado influir.*

No es este el caso. Eduardo Vila ha tenido la amabilidad y la responsabilidad de leerse el libro de cabo a rabo. Del Prólogo al Epílogo, atravesando muy despacito el Logos. Y eso es lo primero que tengo que decir y que deseo agradecer. Un libro no existe si no hay unos ojos que quieran leerlo.

Y no solo lo ha leído. Lo ha entendido (él sabe mucho más de lo que el libro cuenta) y lo ha comentado con la cabeza despejada y el corazón generoso. Con buen criterio y buena pluma. Después de leer su reseña, el libro tendría más sentido y más valor para cualquier lector (o lectora) interesado.

Cuando la Editorial La Catarata me invitó a participar en su colección “¿Para qué servimos...?” (ya habían publicado varios títulos: sobre jueces, arquitectos, filósofos, politólogos, arquitectos, geólogos...) tardé unos días en aceptar. Pensé que era un riesgo que no necesitaba correr. Con seguridad iba a ser objeto de diatribas furibundas de la tribu antipedagógica. Sé que soy una de sus víctimas predilectas, a mucha honra. En mi blog *El Adarve*, hace algunos años, tuve un amplio debate con los más destacados corifeos de sus tesis. El debate estuvo suscitado por mi artículo “*Carta a un antipedagogo*”. También pensé, por contra, que alguien lo tendría que hacer. Porque era bueno que en la colección apareciésemos quienes nos dedicamos a la educación. Todo el mundo sabe lo que hace un arquitecto o un juez, pero no lo que hace un pedagogo o una pedagoga. Convenía estar presentes. Y, puesto que me habían invitado, decidí aceptar la propuesta.

No me concedieron mucho tiempo. Si mal no recuerdo, tres meses contantes y sonantes. El libro vio la luz en un momento nefasto. Vio la luz el día 9 de marzo de 2020, tres días antes de que se decretase el confinamiento de toda la población en nuestro país. Fue el libro, según apunta una persona de la editorial, que resultó más duramente castigado por la pandemia.

Eduardo ha escrito esta reseña desde dentro. Se nota a primera vista que está situado en el epicentro del tema, por conocimiento y por experiencia. Él entra plenamente en la primera persona del plural del título. Piensa, siente y escribe

desde el corazón de la profesión, desde el interior de la tarea, desde el compromiso apasionado con la educación. Es probable que ese hecho haya llevado al autor de la recensión a calificar el libro de necesario. Creo que es una generosa exageración que agradezco

En el marco de la colección, el título estaba cerrado y no era el que yo habría dado al libro. Porque me gusta titular de otra forma, más metafórica, más sugerente, más original. El título podría haber sido, por ejemplo: Ingenieros/as del alma, tema sobre el que alguna vez he reflexionado por escrito. El subtítulo me pareció imprescindible para que el lector profano se centrara en el nveniencia de de concepmpportancia no de otros conocimientos, pero no que se vea fagocitada por ellos" úcleo del contenido.

De forma certera, Eduardo piensa que este pequeño trabajo tiene un carácter divulgativo. Así es. No está dirigido a expertos sino al público en general, a estudiantes y a personas preocupadas por el tema educativo en nuestra sociedad. Se trata de un libro sencillo, destinado al gran público. Es probable que los profesionales de la educación no encuentren en él nada nuevo. No está escrito para ellos. Como bien apunta mi amable crítico utilizo en el libro algunas pequeñas anécdotas o historias, que subrayan el carácter divulgativo del libro. Alguien ha dicho que la distancia más corta entre una persona y la verdad es un cuento. Esta afirmación no tiene demostración científica pero yo la voy a dar por cierta.

El profesor Vila hace referencia al estupendo Prólogo de mi compañero y

amigo Ángel Pérez Gómez. Y también al Epílogo, que contiene las opiniones de un grupo de estudiantes de Pedagogía que, de forma breve, dicen por qué y para qué quieren ser pedagogos o pedagogas. Abre el libro una persona que ha finalizado su carrera con indiscutible éxito y lo cierran quienes están en la parrilla de salida para ejercerla. Buscaba ese contraste invertido. Abre quien termina y cierra quien empieza, abre quien cierra y cierra quien abre.

Me ha emocionado el recordatorio de nuestro añorado compañero y amigo José Manuel Esteve Zarazaga, con quien tanto Eduardo como yo compartimos espacios, tiempos, tareas e ilusiones en la Facultad de Educación de la Universidad de Málaga.

También, cómo no, me ha parecido oportuna la referencia a Paulo Freire, a quien sorprendió la muerte días antes de recibir el nombramiento de doctor Honoris Causa de la Universidad de Málaga, como acabo de contar en el prólogo del libro "*Cien cartas a Paulo Freire de quienes pretendemos enseñar*" que se ha publicado recientemente en Santiago de Chile con ocasión del centenario de su nacimiento.

Me ha gustado también ver citado a Henry Giroux, al que tanto he leído, con quien alguna vez he podido dialogar sobre la pedagogía crítica y al que hace años pudimos escuchar en nuestra Facultad de Educación.

El profesor Vila Merino hace una crítica interesante porque quien la lea sabrá muy bien de qué va el libro ya que, además de emitir fundadas opiniones personales sobre el contenido, hace

referencia a su estructura y a sus diferentes partes, destacando lo más importante con la brevedad exigida en una recensión: epistemología, escuela, selección de los profesionales, parcelas de actuación, mecanismos de mejora, dificultades...

De acuerdo con Eduardo sobre tres cuestiones decisivas que él destaca, a saber: la necesidad de profundizar en la simbiosis teoría/práctica, la conveniencia de “realizar la articulación de un concepto de Pedagogía que no se quede encorsetado en cuestiones didácticas y donde la fundamentación teórica debe cobrar toda su importancia” y en la importancia de apostar “por una Pedagogía profunda, fértil, que se pueda nutrir cuando sea oportuno de otros conocimientos, pero no que se vea fagocitada por ellos”.

Cierra Eduardo su recensión diciendo que la finalidad de cualquier texto educativo es hacer pensar, y hacerlo pedagógicamente. Espero y deseo que la lectura de este libro haga realidad este deseo. Y algo más que considero sustancial en la educación: ojalá despierte una adhesión inquebrantable a la solidaridad ya que la educación no ayuda solo a pensar sino que se preocupa también

por enseñar a convivir en un marco de valores.

Me ha parecido estupenda esta iniciativa de intercambiar ideas entre el autor de una obra y un lector experto que la lee y reflexiona por escrito sobre ella. Tiene así el autor un espejo en el que mirarse. Lo interesante es que de nuevo el autor del libro pueda responder a esa reflexión que le obliga al metaanálisis. Cuando ese diálogo escrito se produce, como es el caso, entre un profesional jubilado y un joven en activo, el cruce de culturas puede enriquecer el debate.

Cualquier libro podría llevar como subtítulo esta secuencia interminable: Preguntas y respuestas y preguntas... Este ejercicio que nos propone la revista *Teoría de la Educación* nos mete en ese juego estimulante de buscar la verdad a través del contraste de opiniones. Y nos hace poner en cuestión lo que pensamos. Por eso agradezco esta interesante oportunidad. La duda es un estado incómodo, pero la certeza es un estado intelectualmente ridículo.

Miguel Ángel Santos Guerra
*Catedrático Emérito
de la Universidad de Málaga*